

La novela del hombre virtual

Por Abdón Ubidia

Librería Librimundi, viernes 17 de septiembre de 1999

El filósofo Jean Baudrillard piensa que el simulacro terminó por adueñarse del mundo. Hasta podríamos decir que, en sus últimos libros, él mismo se ha dejado seducir por el simulacro, que él ha abandonado el mundo de la realidad real y se ha puesto en órbita, junto con sus obras y, por cierto, con esa nueva realidad virtual hecha solo de representaciones en la que con tanta soltura se pasea.

Seductor seducido, encantador encantado, alejado ya de la ironía que lo caracterizó, Baudrillard ve el mundo como una pura representación. Quienes tenemos la cabeza dura y una inequívoca tendencia jurásica, vemos en Baudrillard al fundador de un nuevo hedonismo: el hedonismo virtual, es decir, del disfrute exclusivo de uno solo de los niveles de la realidad: el egoísta disfrute de los puros signos.

Lo cual no quiere decir que Baudrillard no apunte a un problema tan real y tan cercano que nos atañe a todos. El Internet, por ejemplo (para no hablar de la televisión), pone el mundo ante nuestros ojos, es decir, lo pone en nuestras pantallas. Con solo accionar unos cuantos comandos, ciudades remotas, ciencia y tecnología, sexo y todo cuanto esté inventariado en el ciber espacio, llega hasta nosotros en unos instantes. Por su lado, el correo electrónico nos comunica con personas que a veces no hemos visto jamás y con quienes hasta llegamos a establecer grandes amistades virtuales.

Pero... y aquí viene el pero... parafraseando a Umberto Eco diríamos: brillan las cosas puras con sus imágenes... pero solo imágenes desnudas tenemos. En efecto, ¿dónde se nos quedó la realidad? ¿Se volvió una pura representación? ¿Ya no quedan nexos entre la realidad y su representación? ¿Sólo pantallas desnudas tenemos? En *Acoso textual*, Raúl Vallejo, desde una inteligente, aguda, muy fina literatura, afronta el problema de un modo directo.

Acoso textual es la historia de <banano>, tal su apodo, un ser ambiguo, solitario, preso del juego que el mismo inventó: desde su computadora, mantiene una intensa e íntima correspondencia con algunos "internautas", "ciberdestinatarios", amigos virtuales, o como quiera llamarse a sus empecinados colegas, adictos, como él, al correo electrónico.

Con cada uno de ellos <banano> asume una personalidad distinta. Así, para <azucena>, la niña de Cataluña, plena de fervores eróticos, es un conquistador consumado y hasta tierno y, en cambio, para <nostalgico>, un ejecutivo de Buenos Aires, a la legua un donjuán porteño aunque con opiniones razonables, es una muchacha seductora y sinuosa. Para <sabrina> es una amiga y confidente; mas para <enquirer>, gran conocedora de la farándula mundial, se torna un lujurioso galán que solo busca el placer y nunca el compromiso. Con <bicho>, <banano>, paradójicamente desde la

academia, discute su abominación por los cánones, en particular por el canon occidental y de paso —añadiríamos que con justa razón— por su arbitrario corifeo Harold Bloom. Para <pozole>, el mexicano glotón, en cambio, es un gran camarada de voracidades y gulas.

A poco de meternos en la novela, de adivinar su juego, de retener a sus personajes comprendemos que, más allá de la comedia y el ingenio, Vallejo ha creado un texto de múltiples sentidos y muchas paradojas. ¿Quién es este <banano> que necesita representarse ante los otros con distintas máscaras virtuales? ¿Cómo se representa a sí mismo? ¿Qué representa para nosotros? ¿Qué esconde y qué exhibe? ¿Es solo la metáfora de un deseo, fragmentado entre varios objetos, un deseo que encuentra su verdad profunda justamente en esa fragmentación esquizoide? ¿O, por el contrario, es la imagen cabal de la condición humana, de su limitada conciencia, tan limitada que solo puede aprehender y vivir verdades muy parciales, para colmo simultáneas y contradictorias?

De <banano> solo sabemos —y acaso por un descuido del autor— que pertenece al género masculino y que estudia en una universidad norteamericana. No sabemos nada más. Y no hace falta. No tiene pasado ni lo necesita. Él mismo es el invento de un Narrador que se oculta bajo un seudónimo. Es la representación de una representación. Un destello engañoso. Un fuego fatuo. Lo cual es suficiente para que nazca —gracias a Vallejo— y habite el mundo como el *homo virtualis* de hoy. Tal, su carta de identidad, su cédula de ciudadanía, o mejor, en la aldea global, su pasaporte.

¿Y quiénes son: <azucena>, <nostalgico>, <pozole>, <sabrina> y <enquirer>? ¿También son apariciones fantasmales, detrás de las cuales se escabullen otros fantasmas?

Nada nos asegura y garantiza que esa congregación de espectros, convocada por otro espectro, no esté también, en todo, o al menos en alguno de ellos, jugando el mismo juego virtual. Y aunque no fuere así, si reducimos estos personajes a su discurso y a su deseo, si los aceptamos como referentes reales, como verdades profundas ancladas en cuerpos concretos y vivos; si omitimos la trampa de que ellos también, en primera instancia, son los seres imaginarios de una novela, nada nos garantiza tampoco que en sus precisos cuerpos no se alojen también otros deseos y otros discursos, igualmente verdaderos y contradictorios.

Como esto no lo podemos saber porque pertenece a lo que la novela no dice; como ellos también se esfuman al igual que <banano>, en escenarios escuetos, estrictos, no nos queda más remedio que reconocerlos, así mismo, como ejemplos vívidos del *homo virtualis* que Vallejo nos inventa o descubre en *Acoso textual*.

El *homo virtualis*. El *hombre virtual*. El hombre de las representaciones. Baudrillard sonreirá y mostrará sus colmillos (de gran devorador de referentes) de la pura felicidad: la literatura le ha dado la razón: su filosofía última ha sido legitimada por la literatura, se ha encarnado en un ser, por suerte no de carne y hueso sino inasible, fantasmal, como a él le gusta.

Pero no. *Acoso textual* no le da la razón. Todo lo contrario. En ella, la fuerza gravitatoria del mundo real, atrae hacia sí a sus representaciones, las vincula a él, no les deja vivir por su cuenta una vida autónoma. Hay un ligamen que llamaríamos físico y hasta ético, que junta el mundo a sus signos. <banano> no podrá prolongar indefinidamente su juego. Porque todo juego debe terminar. Pero también porque “la fuerza de las cosas” impondrá su ley.

¿Como eludirá un encuentro con el apasionado porteño, apodado <nostalgico>, mundano, ejecutivo e internacional, macho latino a su manera, o al menos cómo le ocultará su verdad de hombre disfrazado en el correo electrónico de muchacha también apasionada? ¿Como le seguirá el juego a <pozole>, el obeso de México? ¿Para qué continuar ese juego fatigante? ¿Cómo seguir el muy real trabajo de mantener una correspondencia abrumadora con todos sus amigos del *e-mail*? ¿Cómo seguir siendo <banano> para todos ellos?

No habrá manera. <banano> camina hacia el sacrificio final. Deberá sucumbir de la misma manera en que nació. El protagonista auto apodado <banano>, deberá abandonar su apodo y su personaje ficticio: sacrificarlo, matarlo en su ley, disolverlo en el espacio virtual en donde reinó. <banano> es solo una máscara —o varias— y le ocurrirá lo que a los enmascarados de las novelas de mosqueteros: deberá desaparecer para que el héroe verdadero escape ileso de la aventura.

Le será permitido un último deseo: un último clamor poético: intentará una cita real con sus tertulios virtuales. Pero, si esta se efectúa, significará el estrellamiento de la pura representación en el contundente suelo de la realidad. De todas maneras, su sacrificio está garantizado ya, como lo estuvo desde el comienzo, apenas empezado el juego, cuando su hacedor fue sembrando ficción tras ficción, mentira tras mentira, a lo largo de ese juego textual, de ese *Acoso textual*.

El *homo virtualis*, sí. Pero también su paradoja y su imposibilidad. O su eternidad. Porque si *Acoso textual*, la brillante novela de Raúl Vallejo, solo hubiese sido un testimonio de la enajenación de hoy, una novela de anticipación, o simplemente “posmoderna”, en el sentido de que toda anticipación ha llegado ya; es decir, en el sentido de que el futuro es lo que ya está pasando ahora, tal vez no nos interesaría tanto.

Lo que importa de esta novela es que vuelve a las fuentes originarias de la literatura, a las preguntas esenciales acerca de la condición humana, a lo que de intemporal y eterno ella tiene. Porque el *homo virtualis* existió siempre. Y el conflicto entre las cosas y sus representaciones también. ¿O nos olvidamos de las sombras de la caverna de Platón? ¿Y los seres fantásticos de las viejas mitologías y religiones dónde quedan? ¿Y las apariciones de las leyendas medievales europeas y tradiciones orales latinoamericanas dónde? ¿Y qué decir de la filosofía idealista? ¿Y Berkeley y Schopenhauer de dónde salieron? ¿Y las doctrinas nominalistas de las que tanto aprovechó Umberto Eco, en *El nombre de la rosa*, de modos diversos, no ponen en escena el mismo conflicto?

Y qué decir del amor. ¿Acaso la pasión amorosa no tuvo siempre un componente virtual? ¿No es suficiente ejemplo la transformación de Aldonza en Dulcinea del

Toboso que se opera en el viejo corazón de Don Quijote? ¿O la búsqueda de una amada muerta que efectúa el Dante? En cuanto a las correspondencias virtuales, y esto ya en la pura realidad nuestra ¿No están frescas las palabras de Claude Coufon, dichas en este mismo escenario, hace unos pocos años, acerca de la extensa correspondencia amorosa que mantuvo el poeta ecuatoriano Alfredo Gangotena con una amada parisina a la que nunca pudo conocer en persona?

La novela de Vallejo, vale más bien por todo esto. Pero no sería justo terminar sin señalar su escritura diáfana, esas explosiones de gran literatura que contiene, su sólida estructura narrativa, la mesura y sabiduría de su autor. Se me quedan muchísimas inquietudes más en el tintero, es decir, en la computadora. No importa. Ustedes las sufrirán y disfrutarán durante el mucho tiempo que esta novela, capital en la nueva literatura ecuatoriana, se mantenga muy presente en nuestro horizonte narrativo.